



Capítulo 409 - Una bomba en ascenso

A lo lejos, Zafiro flotaba en el cielo como una tormenta encarnada —su cabello en llamas danzaba con el viento, una sonrisa demente curvaba sus labios como una espada a punto de desenainarse.

Virgilio la observó con una ligera sonrisa, con los ojos medio cerrados, como si admirara una obra de arte—peligrosa, impredecible, pero magnífica.

"A veces olvido...", murmuró, casi para sí mismo, "...lo fuerte que se vuelve cuando está ansiosa por pelear"

Zafiro extendió los brazos, girando en el aire con la emoción de una diosa de la guerra en medio de un festival de caos. Entonces su voz retumbó como un trueno sarcástico en el cielo.

- ¡Hola, Sepphirothy! ¿Por qué no atacaste inmediatamente, eh? ¿Tenías miedo de la reina de hielo?" — la burla vino acompañada de una risa burlona.

Sepphirothy, todavía de pie sobre la espalda del Dragón de las Sombras, cruzó los brazos firmemente. Su mirada era aguda, pero su cuerpo reaccionó antes que ella: sus pechos, atrapados bajo su armadura, se levantaron con el movimiento repentino. Frunció el ceño, se molestó consigo misma y susurró entre dientes apretados:

"Esta chica no tiene filtro..."

Luego, más fuerte, respondió con una mirada aburrida:



¿Crees que soy lo suficientemente estúpido como para tocar la piel de un antiguo dragón de hielo directamente? Buena suerte con eso, princesa."

Zafiro se rió desafiante. Pero al instante siguiente, su expresión cambió.

"¿Hm?"

Levantó la mano que había usado para golpear a la Emperatriz. La piel empezó a palidecer, oscureciéndose en los bordes... y luego, lentamente, cristalizó. Delgadas venas de hielo plateado comenzaron a elevarse por su brazo como serpientes silenciosas, hambrientas e implacables.

La sonrisa se desvaneció—pero no por miedo. Simplemente dio paso a la comprensión.

"...Ah. Ahora entiendo por qué no la atacaste directamente..." murmuró, mirando su brazo. "Hielo verdadero..."

Los ojos de Sapphire brillaron con nueva intensidad y luego, como en respuesta instintiva, llamas rojas brotaron de su piel como si hubieran estado atrapadas allí durante años. El fuego envolvió su brazo, rugiendo como una bestia hambrienta, y en pocos segundos, el hielo se agrietó, se derritió y se evaporó con un sonido agudo, casi como el grito de un espíritu siendo exorcizado.

Volvió a girar en el aire y su sonrisa volvió — más aguda que nunca.

"Hielo verdadero... fácilmente cauterizado por la Llama Ardiente. "Parece justo."



Abajo, Vergil soltó una risa seca, sacudiendo la cabeza.

"¿Es por eso que sugeriste que ella atacara primero?" Le preguntó a Sephirothy con una mirada traviesa.

Sephirothy se encogió de hombros, impasible, como si dijera: "Te lo dije"

"No soy lo suficientemente estúpido como para probar suerte con True Ice. Eso no es magia, es un concepto—una maldición congelada. La fuerza de voluntad no puede derretir lo imposible."

Virgilio sonrió con sincera admiración, viendo cómo el cielo se volvía rojo y azul plateado mientras las dos fuerzas chocaban.

"Y pensar que trató esto como un calentamiento..."

Sephirothy suspiró profundamente. "Esa mujer tiene fuego en lugar de cerebro."

Mientras Vergil y Sephirothy intercambiaban duras palabras sobre el cielo tormentoso, algo en el mundo debajo de ellos comenzó a cambiar. El cráter donde se había estrellado el Platinum Dragon Empress pulsó —una herida abierta en el corazón de la tierra demoníaca.

Y luego se rompió el silencio.

El suelo tembló.



Todo empezó a congelarse.

Desde el centro del cráter, el humo helado se elevaba como un soplo de muerte—grueso, pesado, vivo. El hielo se extendió a una velocidad absurda, envolviendo rocas, montañas, incluso la luz misma pareció rendirse a esa fuerza. Los árboles secos cristalizaron en frágiles esculturas incluso antes de tocar el suelo. El aire vibró. El cielo se oscureció.

Y en medio de la niebla... ella despertó.

Un ciclón de hielo se elevó como una corona alrededor de la criatura. La tormenta silbó en tonos antiguos, casi como voces — un lenguaje olvidado por el tiempo y sellado por los dioses.

Luego vino el rugido.

¡ROOOOOAAAARRRR!



Era como si el mundo se desgarrara desde dentro. Un sonido que no sólo se escuchó—se sintió. Los huesos vibraron, los corazones perdieron su ritmo e incluso la magia misma flaqueó por un instante.

Vergil miró hacia abajo y entrecerró los ojos. "Ella se enojó..."

La Emperatriz Dragón Platino emergió del humo. Sus escamas, ahora aún más translúcidas, brillaban como hojas de vidrio sagrado. Su mirada ardía de odio congelado y sus alas se elevaban como muros de tormenta. En su boca se formó una esfera brillante y traicionera —la condensación definitiva del Hielo Verdadero.



Con un rugido que partió el cielo, lanzó la explosión directamente hacia Zafiro.

Un rayo azul plateado, denso como el acero y veloz como se pensaba, atravesó el cielo como la muerte que viene en línea recta.

Pero Zafiro...

Ella ni siquiera se movió.

La mujer guerrera simplemente levantó los ojos, con un brillo aburrido en ellos, y levantó la mano con desdén —como si estuviera saludando a un niño que hacía berrinches.

"Todavía estás... débil", murmuró. Su voz era tranquila, pero aguda. "Desenfocado. Dull. Si quieres entretenerte, necesitarás algo más que rabia ciega."



Ella sonrió. Una sonrisa inquietante y salvaje. Casi lamentable.

Y entonces —desde el centro de su palma— nació la Llama Ardiente.

Rojo, vivo, pulsante. No fue sólo fuego. Fue una emoción cruda. Fue risa, fue furia, fue el frenesí de la guerra transformado en calor.

La ráfaga de fuego explotó hacia adelante como una lanza divina, chocando con el aliento helado de la Emperatriz.

El impacto entre los dos mundos sacudió el cielo.



En el punto de colisión, apareció una esfera de luz oscilante —una burbuja de energía conflictiva, donde el fuego y el hielo se negaron a ceder. Los relámpagos rojos y azules crepitaban como látigos en todas direcciones. El viento rugió. Las nubes fueron destrozadas. El aire fue succionado de la atmósfera en un vacío mágico.

Vergil y Sephirothy se protegieron del resplandor con sus antebrazos, la presión mágica empujó al Dragón de las Sombras unos metros hacia atrás.

"Ella sólo estaba jugando... y pensé que este dragón era un problema apocalíptico" Vergil murmuró, con los ojos medio cerrados mientras observaba el caos danzante frente a él. Una sonrisa irónica sonaba en la comisura de sus labios. "Al final parece más bien un animalito asustado"

Sephirothy no sonrió.



Ella hablaba en serio—su mirada fija, sus brazos cruzados, pero sus dedos apretaban la tela de su manga con tensión involuntaria. Sus ojos seguían cada movimiento de Zafiro, como si alguien estuviera viendo un baile en el filo de un cuchillo.

"No." Su voz era baja, densa como el acero. "Ella no está jugando. Ella está probando."

Vergil la miró de reojo. Pero ella continuó, firme:

"Sapphire está controlando la situación. Controlándola. La Emperatriz está despertando — y despertando mal. Todavía inestable, todavía incompleto. Zafiro la está obligando a evolucionar... lentamente."

Vergil levantó una ceja. "¿Lentamente? ¿Desde cuándo tiene paciencia?"



"No es paciencia", dijo Sephirothy, con un tono sombrío. "Es moderación."

En la arena de hielo y fuego que se formaba debajo, Sapphire giraba por el aire como una tormenta viviente —su cabello rojo ondeaba como banderas de batalla, sus manos se abrían y cerraban con la precisión de un cirujano trabajando con dinamita.

Y allí estaba la Emperatriz.

La antigua criatura rugía y luchaba, pero sus ataques eran erráticos y su energía fluctuaba como un motor obligado a funcionar con engranajes atascados. Estaba creciendo. Recuperante. Tomando forma...y hambre.

"Si Sapphire la aplastara ahora", continuó Sephirothy, con la voz cargada de una preocupación mal disimulada, "sería como aplastar una ojiva nuclear durante el proceso de ignición. El cuerpo de la Emperatriz todavía se está reconstruyendo—frágil por fuera, inestable por dentro. Y si ella se desploma..."

Ella hizo una pausa. El silencio que siguió habló más fuerte que cualquier palabra.

Virgilio miró hacia atrás a la batalla, ahora más atento. La niebla helada, el calor sofocante de las llamas, las explosiones contenidas. Zafiro dominaba claramente — pero había una extraña elegancia en los ataques. Ella estaba caminando de un lado a otro. Bailando al límite.

"...ella no quiere detener la bomba", concluyó Vergil en un susurro. "Ella quiere que la bomba siga creciendo, pero sin dejar que explote"



"Exactamente." Sephirothy asintió. "Ella quiere que la Emperatriz sea lo suficientemente fuerte para soportar... todo lo que venga después. Porque sabe que si esta criatura no evoluciona rápidamente, al final será inútil. Un dragón muerto...o un catalizador de la ruina."

"Así que nuestra querida diosa en llamas... se está conteniendo", dijo Virgilio, casi con admiración.

"Por ahora", respondió Sephirothy, con un tono gélido. "Pero cuando deje de contenerse... nadie podrá apagar el fuego."

Y abajo, Zafiro sonrió —esa sonrisa salvaje, apasionada y voraz.

[Mientras tanto... En un templo profano.]



Tallada a partir de huesos de dragones olvidados y sellada con sangre antigua, la sala palpitaba con tonos carmesí. En su centro, flotando sobre un altar de obsidiana viva, el Orbe de la Emperatriz Dragón Escarlata emanaba una luz pulsante, como un corazón a punto de despertar.

Alrededor del orbe, docenas de demonios encapuchados murmuraban cánticos antiguos. Sus voces resonaban como una oración prohibida, resonando en lenguas que no pertenecían a ninguna época. Los rituales estaban en marcha— sellos alineados en el aire, runas flotaban como serpientes de energía, el poder acumulado estaba a punto de alcanzar su clímax.

Hasta...

¡CRACK!



Una grieta sorda rompió la armonía arcana.

El espacio entre los sellos se rasgó como papel viejo y una figura emergió del vacío — caminando tranquilamente como si entrara a un salón de té. El sonido de sus pasos fue lo único que se atrevió a existir en ese silencio destrozado.

Amon.

Abrigo rojo oscuro, la sonrisa de alguien que sabía que estaba en el lugar equivocado... pero le encantó. Sus ojos dorados brillaron mientras miraba el Orbe, y por un momento, simplemente... lo disfrutó.

"Por fin." Abrió los brazos como si se reuniera con un viejo amigo. "Estaba pensando que tendría que matar a cien idiotas antes de encontrarte"



Los demonios se retiraron. Un gruñido gutural resonó entre las sombras. La magia comenzó a conjurarse. Espadas etéreas, lanzas oscuras y garras infernales aparecieron en respuesta a la presencia no autorizada.

Pero Amón ya estaba sonriendo. Esa expresión ligera... casi aburrida.

¿De verdad crees que estás protegiendo algo aquí? ¿Que todo esto tiene algún propósito superior?" Suspiró teatralmente, con los ojos entreabiertos por el desdén. "En serio... qué tontería."

Y luego todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

Una ola de oscuridad y fuego. Una lágrima en realidad. Una danza de espadas invisibles.



Cuando la magia cesó y la sangre se evaporó, todos los cuerpos ya estaban caídos—carbonizados, destrozados o reducidos a polvo. El salón, antaño sagrado, estaba en absoluto silencio. Sólo Amón permaneció de pie, caminando hacia el altar como para recoger un libro de un estante.

Extendió la mano y tocó el Orbe de la Emperatriz Dragón Escarlata.

El objeto brillaba de furia —tratando de resistirse, tratando de incinerar, congelar, repeler— pero Amón solo sonrió, sus ojos parpadeaban con poder.

"Cálmate, cálmate... me lo agradecerás después."

Con un simple gesto, levantó el orbe en el aire y chasqueó los dedos. Las runas restantes se rompieron con una grieta afilada, como el fino vidrio que se agrieta bajo la presión del mundo.

El orbe quedó en silencio.

"Ahora que estás a salvo... Sólo necesito encontrar al dueño del plan." Dijo Amón con una sonrisa.